

CAPITULO III.

Quando el emperador oyó el informe de esta batalla, estaba á unos pasos á la derecha del camino real en lo hondo de una quebrada, á orillas del arroyo y de la aldea de Ghorodinia, en una choza de un tejedor, casa de madera vieja, arruinada é infecta, que distaba una media legua de Malo-Iaroslavetz, á la entrada del recodo del Louja. En aquella carcomida habitacion, y en un cuarto sucio, oscuro, y dividido en dos con un lenzon, iba á decidirse la suerte del ejército y de la Europa.

Se pasaron en recibir noticias las primeras horas de la noche. Todas anunciaban que el enemigo se disponia á dar en el siguiente dia una batalla, que todos estaban inclinados á rehusar. Entró

Bessieres á las once de la noche. Este mariscal debia su elevacion á varios servicios honrosos, y al afecto del emperador, que le habia tomado bastante inclinacion. Es verdad que uno no podia ser favorito de Napoleon como de cualquier otro monarca; que á lo menos era menester haberle seguido y serle útil en algo, porque él hacia escasos sacrificios por complacencia; que era preciso finalmente haber sido mas que testigo de tantas victorias, y fatigado el emperador se acostumbraba á mirar con aquellos ojos que él discurría haber formado.

El emperador acababa de enviar á este mariscal para examinar la actitud de los enemigos. Bessieres obedeció, recorrió diligentemente el frente de la posicion de los Rusos, y dijo: « Es inexpugnable. — ¡Cielos! exclamó Napoleon juntando las manos, ¿lo ha visto Vmd. bien? ¿me responde de ello? » Bessieres repite su aserto y afirma « que trescientos granaderos bastarian allí para detener á un

egército.» Vióse entonces que Napoleon cruzaba sus brazos, se ponía cabizbajo, y permanecía como sumergido en las más tristes reflexiones. «Su egército está victorioso y él vencido: le han cortado la retirada y desconcertado su maniobra: ¡Kutusof, un viejo, un Escita, se le ha adelantado! ¡no le es posible acusar á su estrella! ¡no parece que le ha seguido en Rusia el sol de Francia! ¡No estaba libre ayer todavía el camino de Malo-Iaroslavetz? ¡no le ha faltado pues su fortuna? ¡le ha faltado él á ella?»

Perdido en este piélago de dolorosos pensamientos, cae en una tan grande consternacion mental, que ninguno de cuantos se le acercan puede arrancarle una palabra; apenas se logra de él á puro importunidades una cabezada. Quiere por último tomar algun descanso, pero un abrasado pervigilio le tiene mortificado. Durante el resto de aquella cruel noche, se acuesta, vuelve á levantarse, está llamando á cada momento, y no obstante

esto, ninguna palabra descubre su conflicto; unicamente por la agitacion corporal, se colige la de su ánimo.

Hácia las cuatro de la mañana un oficial de ordenanza (el príncipe de Aremberg), llegó á avisarle que con las tinieblas de la noche, la fragosidad de los montes, y con el favor de un terreno quebrado, algunos Cosacos se introducian entre él y su vanguardia. El emperador acababa de enviar á Poniatowsky á Kremencoe, hácia su derecha. Esperaba tan poco al enemigo por aquella parte, que habia omitido el mandar descubrir el campo por su flanco derecho. Despreció pues el aviso de su oficial de ordenanza.

Luego que el sol del dia 25 se dejó ver en el horizonte, subió Napoleon á caballo y se adelantó hácia el camino de Kalougha, que no era ya para él mas que el de Malo-Iaroslavetz. Para llegar al puente de aquella ciudad, era preciso que atravesase la llanura larga y ancha de una media legua, que el Louja abraza con

su circuito : unicamente algunos oficiales seguian al emperador. No habiéndose avisado los cuatro escuadrones de su habitual escolta, se apresuraban para alcanzarle, pero no se le habian incorporado todavía : el camino estaba lleno de arcones de ambulancia, de artillería y carruages de lujo, era lo interior del ejército, y todos marchaban sin desconfianza.

Al principio se vió (hacia la derecha) que varios pelotones corrian, y despues que se avanzaban grandes líneas negras. Oyéronse entonces algunos clamores : varias mugeres con algunos galopos se volvian hácia atras corriendo, no dando oídos á nada, ni respondiendo á ninguna pregunta, todos despavoridos, mudos y asustados. Se detenia incierta al mismo tiempo la hilera de los coches en la cual se introducía la turbacion ; los unos querian continuar, los otros volverse ; se cruzaron y se volcaron ; bien presto fue un alboroto y un completo desorden.

El emperador miraba y se sonreia, adelantándose siempre y tomándolo por un terror pánico. Sus edecanes se recibian algunos Cosacos, pero los veian marchar tan bien formados en pelotones, que lo dudaban todavía ; y si aquellos desastrados no hubieran dado alaridos al atacar, como lo hacen todos ellos para ensordecerse, no se les hubiera escapado Napoleon quizás. Lo que aumentó el peligro es, que al principio se tomaron aquellos clamores por aclamaciones, y aquellos alaridos por gritos de : « Viva el emperador. »

¡Eran Platof y seis mil Cosacos que, detras de nuestra vanguardia victoriosa, habian intentado atravesar el rio, la llanura baja y la calzada, llevándose todo al paso ; y en aquel instante mismo en que el emperador sosegado en medio de su ejército y de los recodos de un rio tortuoso se adelantaba, no queriendo creer en un proyecto tan audaz, le ejecutaban ellos!

Una vez arrojados, se acercaron tan rápidamente, que Rapp no tuvo lugar mas que para decir al emperador: «¡Son ellos, vuelva V. M.!» Napoleon sea que viesé mal, sea repugnancia para huir, se obstinó é iba á ser envuelto, cuando Rapp cogió la brida de su caballo y le hizo volver hácia atras gritándole: «¡Es cosa necesaria!» Y realmente convenia huir. La arrogancia de Napoleon no pudo resolverse á ello: echó mano á la espada; el príncipe de Neufchatel y el caballerizo mayor le imitaron; y habiéndose colocado en el lado izquierdo del camino, esperaron al aduar. Los separaba de él apenas cuarenta pasos: Rapp no tuvo lugar mas que para volverse y hacer frente á aquellos bárbaros, el primero de los cuales metió su lanza tan violentamente en el pretal de su caballo que le tumbó por tierra. Los otros edecanes y algunos soldados de caballería de la guardia, libertaron á aquel general. Esta accion, el valor de Lecoulteux, los esfuerzos de

unos veinte oficiales y cazadores, y mas particularmente la sed de aquellos bárbaros por el pillage, salvaron al emperador.

Sin embargo, no tenian mas que alargar la mano para cogerle, porque atravesando el aduar en el mismo instante por el camino real, lo arrolló todo, caballos, hombres, carruages, hiriendo y matando á los unos, y arrastrando con los otros hácia los montes para despojarlos, y volviendo despues los caballos enganchados en los cañones, se los llevaban por medio de los campos; pero no tuvieron mas que una instantánea victoria y un triunfo de sorpresa. Acudió la caballería de la guardia, á cuya vista soltaron los Cosacos su presa, huyeron, y aquel torrente se fué, dejando, es verdad, sensibles vestigios, pero abandonando cuanto arrastraba.

Sin embargo, muchos de aquellos bárbaros se habian manifestado atrevidos hasta la insolencia. Los habían visto retirarse por entre los intermedios de nues-

tros escuadrones al paso, y cargando de nuevo sus armas sosegadamente. Contaban con la pesadez de nuestra escogida caballería, y con la ligereza de sus caballos que aprietan con un látigo. La huida se habia efectuado sin desorden: habian hecho frente muchas veces (sin esperar es verdad.) hasta tiro de cañon, de modo que apenas habian dejado heridos y ni un prisionero. Ultimamente, nos habian atraído hácia unas quebradas llenas de malezas, en que seis cañones que allí los esperaban, nos detuvieron. Todo ello ofrecia materia para reflexionar: nuestro ejército estaba usado, y la guerra renacia enteramente nueva y completa.

Absorto el emperador de que se hubieran atrevido á atacarle, se detuvo hasta que se limpiase la llanura, y se encaminó despues hácia Malo-Iaroslavetz, en donde el virey le mostró los obstáculos superados en la víspera: la tierra misma lo decia suficientemente.

¡Ningun campo de batalla fué jamas de una mas terrible elocuencia! Sus bien declaradas formas, las ruinas enteramente ensangrentadas, las calles cuya señal no se conocia mas que por el largo rastro de muertos y las cabezas aplastadas con las ruedas de los cañones; diferentes heridos que se descubrian todavía saliendo de los escombros, arrastrándose con sus vestidos, pelo y miembros medio consumidos, dando lastimosos gritos; y por último, el lúgubre ruido de las exequias que los doloridos granaderos hacian á las cenizas de sus coroneles y generales muertos: todo ello testificaba la mas encarnizada refriega. Dicen que el emperador no vió mas que la gloria en esto, y exclamó: «que el lustre todo de tan admirable batalla, pertenecia por entero al príncipe Eugenio;» pero poseido ya de una adversa impresion, este espectáculo la aumentó y se adelantó despues por el páramo.

CAPITULO IV.

¿Haceis memoria, compañeros míos, de aquel fatal campo en que se detuvo la conquista del mundo, en que llegaron á desgraciarse veinte años de victorias, y en que dió principio la grande ruina de nuestra fortuna? ¿Os representais todavía aquella ciudad trastornada y ensangrentada, aquellas profundas quebradas, y los montes que rodean aquel páramo y forman de él un campo cerrado? Por una parte los Franceses viniendo del norte que ellos evitan; por otra á la entrada de los montes los Rusos guardando el sur, y tratando de repelerlos hácia el poderoso invierno; Napoleon entre dos egércitos en medio de aquella llanura con sus pasos y miradas errantes del mediodia al poniente,

sobre los caminos de Kalougha y Medyn, los cuales ambos le estan cerrados: en el de Kalougha, parece que Kutusof y ciento veinte mil hombres, estan prontos á disputarle veinte leguas de desfiladeros: hácia la parte de Medyn, vé una numerosa caballería, es Platof y aquellas mismas tribus que acaban de penetrar en el flanco del egército, que le han atravesado de parte á parte, y salido de él cargados de botin para volverse á formar sobre su flanco derecho, en que varios refuerzos y su artillería les han esperado. En aquel lado clavó el emperador mucho la vista, y sobre él consultó con sus mapas, escuchó á sus generales, y apreció cuan crítica era su posicion por la extremada violencia de los disentimientos de estos últimos, á cuya expresion no podia contener su presencia; despues muy cargado de pesares y tristes vaticinios, le vieron volverse lentamente á su cuartel general.

Le habian acompañado Murat, el prin-

cipe Eugenio, Berthier, Davoust y Bessieres. Aquella ruin habitacion de un humilde artesano, abrigaba á un emperador, dos reyes y tres generales de egército. En ella iban á decidir de la Europa y del egército que la habia conquistado. ¡Smolensko era el blanco! ¿Se marchará á ella por Kalougha, Medyn ó Mojaisk? Entretanto Napoleon está sentado delante de una mesa con la cabeza apoyada en las manos que ocultaban sus facciones, y quizás tambien el apuro que ellas expresaban.

Se respetaba un silencio lleno de tan inminentes destinos, cuando Murat que no caminaba mas que á tontas y á locas, se cansa de aquella irresolucion, no dando oidos mas que á su genio, todo entero en el calor de su sangre, se arroja fuera de aquella incertidumbre por medio de uno de aquellos primeros impulsos que llevan ó precipitan.

Levántase, y exclama: «Que podian acusarle todavía de imprudencia, pero

que en la guerra toca á las circunstancias el decidir de todo y á cada cosa su nombre; que en donde no hay ya mas que atacar, la prudencia se vuelve temeridad, y la temeridad prudencia; que es necesario pues proseguir. ¡Qué importa aquella tremenda actitud de los Rusos ni los impenetrables montes! Los desprecia él: désele únicamente las reliquias de su caballería y las de la guardia, y va á internarse en las selvas enemigas, en sus batallones, á derrotarlo todo, y abrir el camino de Kalougha al egército.»

Medio levantando aquí la cabeza Napoleon, abatió todo aquel ardor con decir: «Que bastaba ya de temeridades; que no se habian hecho sino muchas en favor de la gloria, y que era ya hora de no pensar mas que en salvar las reliquias del egército.»

Bessieres entonces, sea que su orgullo se hubiese estremecido á la idea de obedecer al rey de Nápoles, sea deseo de

conservar intacta aquella caballería de la guardia de que él era responsable á Napoleon y en la que estribaba su mando, Bessieres (repito) que se reconoce sostenido, tiene valor para añadir: «Que el ejército y aun la guardia, carecerían del necesario arrojo para semejantes esfuerzos: se decia en ellos ya, que siendo insuficientes los transportes, el vencedor que fuera herido en lo sucesivo, quedaria abandonado á los vencidos, que así pues toda herida seria mortal y seguirian flojamente á Murat, ¿y en qué posicion? ¿acababa de reconocerse su fuerza? ¿contra qué enemigos? ¿no se habia notado el campo de batalla de la víspera? ¿y con qué furor se habian dejado matar en ella los reclutas rusos apenas armados y vestidos?» Acabó este mariscal profiriendo la voz *retirada*, que el emperador aprobó con su silencio.

El príncipe de Eckmuhl, declaró al punto: «Que, supuesto que se decidian á retirarse, solicitaba que fuera por Medyn

y Smolensko.» Pero le interrumpió Murat, y sea enemistad ó abatimiento, ordinaria consecuencia de una temeridad reprimida, diciendo que «se extraña de que haya valor para proponer una tan extremada imprudencia al emperador. ¿Ha jurado Davoust la ruina del ejército? ¿quiere que una tan larga y pesada columna vaya á echarse sin guías, é incierta en un camino desconocido á tiro de Kutusof y presentando sus flancos á vista del enemigo? ¿la defenderá Davoust? ¿por qué cuando á nuestras espaldas, Borowsk y Vereya nos conducen sin peligro á Mojaisk, rehusar esta via de salud? Allí deben haberse hecho algunas provisiones: nos es conocido todo y ningún traidor nos extraviará.»

A cuyas palabras, sumamente enardecido Davoust con una ira que encubre á puro esfuerzos, responde: «Que él propone una retirada por en medio de un suelo fértil, por un camino vírgen, provisto,

pingüe, intacto, cuyos pueblos se mantienen en pie todavía; y por el camino mas corto, á fin de que el enemigo no se sirva de él para cortarnos el paso de Mojaisk á Smolensko, que Murat designa. ¡Y qué pasó! ¡un desierto de arenas y cenizas, en donde diversos convoyes de heridos agravan nuestros embarazos, en donde se hallaban únicamente ruinas, ensangrentados vestigios, hambre y esqueletos!

«Que á demas, es deudor de su dictámen cuando se le pida; que obedecerá á la orden que le sea contraria, con el mismo zelo que egecutaria la que él hubiera sugerido; pero que solo el emperador tenia derecho para imponerle silencio, y no Murat; que no era su soberano ni lo seria jamas.»

Iba acalorándose el altercado, Bessieres y Berthier mediaron. En cuanto al emperador, embebido siempre en la misma postura, parecia insensible. Rompió

finalmente su silencio, y aquel consejo con las siguientes palabras: «Está bien, señores, me decidiré.»

Se decidió á retirarse y fué por el camino que desde luego le alejaba mas prontamente del enemigo; pero todavía hubo necesidad de un cruel esfuerzo para arrancarse á sí mismo una orden de marcha, tan nueva para él. Cuyo esfuerzo fué tan penoso, y le costó tanto á su arrogancia, que perdió en aquella lucha interior, el uso de sus potencias. Los que le socorriéron, han dicho que el informe de otro reencuentro de Cosacos hácia Borowsk, á unas leguas por la espalda del ejército, fué el débil y último choque que acabó de determinarle para esta infausta resolución.

Lo mas notable es que ordenó esta retirada hácia el norte, al mismo tiempo que totalmente inmutados Kutusof y sus Rusos con la batalla de Malo-Iaroslavetz, se retiraban hácia el sur.